Libre, así, del contacto del delito,
comprendo en mi interior el que no hay nada
que se parezca más en lo infinito
á un cielo azul que una conciencia honrada.

Señora : digno soy de ser tu amante ;
porque en la misma fragua en que encendido
brota el rayo de Júpiter tonante,
se hacen también las flechas de Cupido.....

IV

LA EPOPEYA DEL MORRO (*)

(*) Este poema de mis veinte años tiene derecho á subsistir. Para sostenerlo ante mi actual criterio, en su condición de Poema Civil, válganle los nombres de Hugo, Leopardi y Carducci. Premiado por el Congreso Nacional de mi Patria, debo conservarlo como el exponente más alto de mi primera etapa artística. — J. S. Ch.

LA EPOPEYA DEL MORRO

¿En dónde está la musa que corría
como corre el torrente,
desgreñada, febril; la que en su ardiente
impetu soñador, se estremecía?

¿En dónde está la que en la selva umbría,
para ahuyentar las fieras,
cuando la noche sofocaba al día,
alzaba sus estrofas como hogueras?.....

¿En dónde, en dónde está?..... Las femeniles
fiestas de amor, en ánforas de oro,
escancian la embriaguez. El bravo Aquiles
ha roto ya su lanza; Sansón juega
á los piés de Dalila; y entre el coro,
sólo se oye una voz: la voz que ruega.
Rasga, ¡oh musa!, el disfraz con que te cubres;
muestra tu faz ante las turbas viles;
y arroja de tus sienes juveniles
los pámpanos de todos los octubres
y las rosas de todos los abriles.

Musa: el Héroe está ahí. Bésale y rompe
el canto al fin; que si no es bronce el canto,
no se oxida tampoco ni corrompe.
Ahí está el héroe: besa sus heridas;
enjúgale el sudor; contén el llanto:
justo es que en sacra inspiración te exaltes,
para cantar las luchas encendidas
entre el Héroe inmortal como Leonidas
y la Suerte traidora como Efialtes.

I

EN ESPERA

La tropa desgreñada, hecha pedazos
la tosca vestidura,
esperando su cruz se abre de brazos;
y así la Muerte, en su furor salvaje,
sentirá sin querer, los regocijos
de la viajera que al llegar del viaje
vá á caer en los brazos de sus hijos.

La tropa hambrienta, pero siempre erguida,
no implora una limosna de la Suerte:
es como una avanzada de la Vida
que presenta sus armas á la Muerte.

Todos piensan igual. Todos la copa
Apuran del dolor hasta las heces:
el héroe anciano y la revuelta tropa.
Cinco veces mayor el acampado
enemigo es al fin..... Y cinco veces
crece dentro de sí cada soldado.

II

EL ÚLTIMO CARTUCHO

De pronto, un mensajero.
Es que la muerte
quiere á veces jugarse con la Suerte,
entre esperanzas de irritante gozo,
como juega el fulgor de la mañana
en el turbio cristal de la ventana
de un tétrico y nefasto calabozo.

Escoge el enemigo á un denodado
capitán de pulquérrimos blasones
é insospechable fe: joven soldado
que en su raudo corcel avanza, avanza
por entre las intrépidas legiones,

hasta llegar al Héroe ; y conmovido
— *Salvo* es el nombre — dícele — que tengo ;
y expresar con mi nombre os he querido
esta misión de paz en la que vengo. —

— Seguidme — dice el Héroe ; y le adelanta
lleno de majestad por breve senda,
con porte airoso y con segura planta.

Ya están los dos en la cerrada tienda.

Y no á befarse del anciano vino
el mensajero aquel ; y de su lengua
no cayeron agravios como gotas
de sangre del puñal de un asesino.
¡ Ah ! no le habló de irritadora mengua,
sino de las estériles derrotas
que ni afligen ni ablandan al Destino.
Su palabra mostróle la ya cierta
derrota luego ; y le enseñó el camino
de única salvación : dejar la plaza.
Y breve, breve fué, como un alerta,
no como una amenaza.

Después que le escuchó, ligera mano
pasóse el héroe por el ancha frente ;
las cejas enarcó súbitamente ;
pero al pensar que se enojaba en vano,

díjole así tranquilo y sonriente :
— Tengo apenas un grupo de soldados ;
pero tengo á la vez los más sagrados
deberes que cumplir : la voz escucho
de mi conciencia que morir me manda ;
y moriré..... después que en la demanda
haya quemado el último cartucho (1). —

Breve respuesta fué.
Grabar debía
la Patria en su marmóreo cenotafio
esa frase de heroica bizarría,
que como el sacrificio presentía
tuvo la brevedad de un epitafio.

— Esperad — dice el Héroe — yo os lo ruego.
No estoy solo en verdad ; y es deber mío
consultar mi respuesta. Volved luego ;
ó, mejor, esperad, porque ya ansío
de una vez concluir. Venga la Junta
aquí mismo, ante vos ; y que decida
si supe contestar vuestra pregunta
y si supe escoger. Ó muerte ó vida. —

El Héroe, en medio. De su nívea barba
aprisiónase el ampo
con mano nerviosísima ; en su frente,

(1) Histórico.

cual labrador que la campiña escarba,
surcos ahonda el ímpetu furente
que enardece su espíritu ; en sus ojos
hay un rayo de Sol resplandeciente
que fulmina altivez y envuelve enojos ;
en su actitud airada
se ve el deseo que en sus venas late ;
y en su cintura, la ceñida espada
tiene estremecimientos de combate.....

En amplio semicírculo, á su frente
los bravos capitanes. Es el coro
que forma Homero de la aquiva gente,
en la junta inmortal en que el sonoro
rayo vibra de Aquiles impaciente.

Habla el Héroe : — Ha venido un mensajero
de la enemiga tropa : en una mano
trae la oliva de la paz ; y al mismo
tiempo en la otra amenazante acero.
Dejar la plaza me ha exigido en vano :
le he respondido que la lucha quiero
y no la rendición.....
Quién sabe acaso
si no es bueno seguir, cuando están llenas
de juventud las almas, al que un paso
le resta dar hacia la tumba apenas..... —
Cesó su voz vibrante,
como una tempestad de amargas quejas ;

y se marcaron las viriles cejas
en su rostro de Júpiter tonante.

Y debate no ardió ni surgió enojo
entre el Poder, la Ciencia y el Arrojo,
como en la junta que de Homero el numen
en exámetros canta varoniles ;
porque el gran *Bolognesi* era el resumen
de Agamenón, de Néstor y de Aquiles :
así encarnaba el Héroe americano
la majestad de Agamenón de Atreo
la experiencia de Néstor el anciano
y el arrojo del hijo de Peleo.

Salvo, siempre en suspenso, ve la airada
tempestad rebullir, con cejijunto
rostro de horror. Clavando una mirada
en esa extraña faz, el héroe al punto
desnuda con estrépito su espada ;
y mostrándole el campo que la puerta
deja entrever, con la actitud del guía
que marca un rumbo en la extensión incierta
— Ya sabéis — dice — la respuesta mía.
Yo rendirme no sé, yo siempre lucho
á vencer ó morir. Decid que es ésta
mi irrevocable y única respuesta :
quemaremos el último cartucho (1). —

(1) Histórico.

El epitafio aquel del pasajero
que va á decir á Esparta cómo el fiero
Leonidas cumple su deber, — se abate,
se humilla, palidece, ante este grito,
que parece retar al infinito
con el último estruendo del combate.

Salvo, al oir tan varonil respuesta,
abrió los ojos, de sorpresa mudo;
y ante el grupo inmortal apenas pudo,
al ver del Héroe la figura enhiesta,
doblegar la cabeza en un saludo:
y fué su arranque de sorpresa el mismo
con que después, tras del combate rudo,
saludó la Victoria al Heroísmo.

III

ANTES DEL ASALTO

Ya la hueste acampada
al pie del Morro, ametrallaba fiera
la rebelde altitud, en que dó quiera
el Héroe, cabalgando, discurría,
fija en la diestra la desnuda espada,
seguido de un girón de su bandera;
por aqui, por allá, por donde había
un grupo de soldados en espera,
sintiendo del ardor el acicate,
ó abocando el cañón, que parecía
brújula gigantesca del combate.....

No tan fácil tampoco á los mortales
la Gloria ser podría:
preciso era sufrir con los delirios
de la ansiedad, entre crüentos males.
La Gloria está rodeada de martirios,
como un huerto cercado de zarzales.....
El desgarrado grito
del vibrante clarín pregona al viento
que la silente paz del infinito
ha bajado también al campamento.

Aquí y allí esparcidos los soldados,
en sus improvisadas fortalezas,
sueñan en los amores ya pasados;
y cual henchidas copas de tristezas,
rebosan una lágrima escondida
que cólera veloz enjuga luego,
porque esa gota al corazón caída
es una gota de ácido en el fuego...

Cinco veces mayor, el enemigo
todo lo arrollará todo..... ¡Qué importa!
Cinco veces mayor será el renombre
que cada héroe llevará consigo
al sepulcro también. La Vida es corta
para que pueda apetecerla el hombre....
¡Y á la manera de ese grupo fiero
que ante innúmera tropa no se abate

ni empaña el lustre de su limpio acero,
siempre acosada del dolor, la Vida
es sólo un grupo de años que combate
contra una Eternidad desconocida!.....

IV

EL ASALTO

Blanca, espesa neblina
la frente ciñe de la brava cumbre,
en que el drama sangriento se adivina,
del cañón bronco á la rojiza lumbre
que desgarra las brumas repentina.
Blanca, espesa neblina opaca el cielo;
y hasta el altivo Sol rinde tributo
á la tristeza del heroico duelo,
y se viste de luto.....
Así también, cuando los dioses quieren
acabar con los héroes, en la Iliada,
los circundan de nieblas... ¡Y así mueren

bajo los golpes de invisible espada,
sin llegar á saber cómo les hieren!

Por imposibles sendas, por estrechos
bordes de precipicio, por dó espacio
encuentra el pie, las invasoras gentes,
con la fe de los triunfos en sus pechos,
con el sol de las iras en sus frentes,
lánzanse á la altitud, cual los torrentes
saltando por encima del reacio
valladar que embaraza sus corrientes.
Finge un río que en densa catarata,
en vértigos de espuma, se arrebata
al chocar con las peñas; invertido,
sube en vez de bajar. Las muchedumbres
son las aguas de un mar desconocido...
¡Tal el Diluvio Universal ha sido:
tal subieron las aguas á las cumbres!

Llueve el plomo; se rasga la bandera;
se destempla el clarín; y roncamente,
la invasión adelanta y adelanta;
y caen los soldados, á manera
de las espigas cuya altiva frente
el granizo quebranta.
Se acerca el choque ya. ¡La lucha fiera
va enconarse por fin! Sigue el torrente.....
y todo es confusión subitamente;
y se mezclan soldados con soldados;

y luego..... se derrama por doquiera
sordo rumor de vientos encontrados.

Mas..... ¿quién es el jinete misterioso
que en carrera veloz hacia la cumbre,
del torrente invasor sigue las huellas;
y corre, y corre, de llegar ansioso,
mientras sus armas de chispeante lumbre
van lanzando relámpagos y estrellas?.....

¡Es la Muerte; ella es! Su rostro fiero,
de luminosas cuencas, se destaca
bajo de un casco de luciente acero;
ciñe como suntuoso coracero
ingente cota de bruñida placa.

Cual relámpago el látigo chasquea
y se lanza á la cumbre, á la pelea;
todo, todo lo arrolla y lo aniquila;
que el corcel de la Muerte acaso sea
el mismo espectro del bridón de Atila.
¡Arranca chispas al sentar el callo
en el recio peñón; clava la espuela
en el hundido ijar de su caballo,
que se para en dos pies; y luego..... vuela!

Como el experto nadador que á solas
juega en el ancho mar, y ya sepulta

su cabeza en las olas,
ya la saca otra vez, ya la hunde luego,
así la Muerte en misterioso juego,
súbito ya parece, ya se oculta,
ya vuelve á parecer; ya entre las filas
deshechas de soldados, cruza rauda,
cual un cometa de pavura ciego
que huye espantado de su propia cauda,
ó cual fiera que corre en la espesura
revolviendo sus fúlgidas pupilas
entre las sombras de la selva obscura.

Soplo de tempestad ruge iracundo.....
Allá un soldado cae, otro levanta;
aquél, hunde su acero en la garganta
del débil moribundo,
que soltando el fusil, rodó á su planta;
aquél héroe sin nombre, con su sola
calada bayoneta, al fin rechaza
á un grupo que le envuelve y le amenaza,
como á la peña la ceñida ola;
ése, como hoja que arrebata el viento,
de roca en roca va, por el barranco;
ése otro lanza horrible juramento,
los ojos pone en blanco,
deja caer el arma, con la diestra
cubre la sangre que en su pecho asoma
y rápido, en mitad de la palestra,
gira sobre sí mismo..... y se desploma;

éste, el arma homicida
clávale por la espalda al que entretanto
expone, ante cien muertes, una vida;
éste, de cara al Sol, muerto soldado,
como expresión de bélicos enojos,
muestra al cielo el combate reflejado
en el cristal de sus abiertos ojos;
y éste otro, que dispara
su arma antes de caer, de pronto rueda
y en su alarde postrer de espaldas queda,
vuelta hacia el suelo con desdén la cara.....

Á un mismo tiempo, las gloriosas vidas
de *Arias* é *Inclán*, que al golpe de la Suerte
vanamente resisten, extinguidas
disípanse en las sombras de la muerte.
Arias, bajo su espada que resplande
con luz eterna, es siete veces grande,
ya que muestra en el pecho siete heridas.
Inclán llena el afán desesperado
que espresó un día con modestia suma,
de morir « como el último soldado »....
Y brilla el Sol con súbitos reflejos,
haciendo resaltar entre la bruma,
la venerable faz de los dos viejos
con sus cabellos de rizada espuma....

Fué, entonces, cuando mano temeraria
de heroica abnegación, prendió la mina

de uno de aquellos fuertes.... Repentina
retumba en la llanura solitaria,
bronca, inmensa explosión desde la cumbre;
y se rasga la pálida neblina
al parpadeo de rojiza lumbre.
Fiera columna se levanta al cielo,
con fragor de horroroso torbellino,
como protesta con que el mismo suelo
se quiere sublevar contra el Destino.
Y luego..... aquí y allá, desparramados,
aceros por mitad, muertos soldados,
corceles moribundos; y, en montones,
banderas y cureñas de cañones,
miembros rotos y cuerpos desmembrados.....
¡Oh! que escena de horror....
Y allí, risueña,
una muerta mujer se abre de brazos,
como sobre una cruz, en la cureña
de un truncado cañón. Hecha pedazos
la vestidura sobre el pecho, enseña
de ensangretada herida el rojo sello
como flor que brotara de una peña.....

Al rodar desgreñado
por sus hombros y en torno de su cuello,
el rizado caudal de su cabello,
simula sobre el pecho ensangrentado
negro plumón de buitre; y entre aquello,
¡ay! se destaca el corbo del soldado